

REPRESENTACIONES DE JÓVENES PLATENSES SOBRE LOS MODOS DE VIVIR LA CIUDAD: UN RECORRIDO NOSTÁLGICO ENTRE LA CIUDAD DISEÑADA Y LA CIUDAD DESEADA

*María de la Paz Echeverría y Tomás Viviani
Universidad Nacional de La Plata/ Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)
mpazecheverria@gmail.com; tomas.viviani@gmail.com*

Resumen

En este trabajo abordaremos ciertas representaciones juveniles: en torno a la ciudadanía entendida como estatuto de derechos y deberes, a la participación y a la esfera política, y a lo público y lo privado. Para este abordaje partiremos de las miradas provenientes del sentido común, desde las cuales los jóvenes construyen sus discursos en relación con las categorías mencionadas. Partiendo de apreciaciones generales compartidas por los jóvenes, pudimos pensar en modos no tradicionales de participación ligadas al trabajo, el consumo y la mediación de las nuevas tecnologías.

Palabras clave: representaciones juveniles; ciudadanía; participación; política; espacio público.

Si entendemos a la ciudadanía como el estatuto que permite ejercer un conjunto de derechos y deberes cívicos, políticos y sociales (Borja, 1998), y pensamos en las características de las sociedades contemporáneas y en los modos de vivir en ellas de los jóvenes, a la luz de una mirada sociocultural de la comunicación, podemos hacernos muchas preguntas: ¿qué implica para los jóvenes platenses ser ciudadanos? ¿Qué relaciones se establecen entre la ciudadanía y la participación? ¿Es cierto que los jóvenes (1) no participan de la esfera política? ¿Sólo podemos hablar de participación cuando los jóvenes forman parte de grupos u organizaciones de algún tipo? ¿No existen otras formas de participación? ¿Cuáles son las definiciones que priman entre los jóvenes al pensar en el “espacio público”? ¿Qué es lo público? ¿Y qué lo privado?

En este artículo presentaremos una sistematización de las representaciones que enuncian jóvenes platenses acerca de algunos de estos temas, como un modo de adentrarnos en el análisis de estos interrogantes.

Si nos remitiéramos a las conceptualizaciones académicas que históricamente se han hecho del espacio público, deberíamos retomar desde aquella definición planteada por Aristóteles – quien le asignaba el lugar de ese espacio vital y humanizante donde la sociedad se reunía para compartir sus opiniones, evaluar propuestas y elegir la mejor decisión, vinculando desde aquel entonces al espacio público con lo político– hasta las concepciones contemporáneas que otorgan al espacio público un carácter polifacético que hace posible observarnos a nosotros mismos como sociedades y culturas.

Sin embargo, en este artículo no enfocaremos la mirada en esas conceptualizaciones, sino que nos remitiremos a aquellas que provienen del sentido común, de las propias formas de socialidad que se dan en la vida cotidiana. Porque siguiendo a Rossana Reguillo “La prudencia

señala entonces que una vez más debamos (...) dirigir la mirada hacia las formas en que los actores sociales construyen y se apropian de estas nociones, ya que más que categorías a priori interesan las formas de socialidad que se generan a partir de las relaciones entre lo público y lo privado, para las formas de vivir y experimentar el mundo” (Reguillo, 1997).

Estas surgen del análisis de un corpus de entrevistas en profundidad que fueron realizadas en el marco del trabajo de campo de la investigación de la cual formamos parte, en la que nos preguntamos por la posibilidad de cambio social y de la transformación anclada en prácticas comunicativas.

En este sentido, si bien es la intención de nuestro equipo analizar comparativamente las representaciones de dos generaciones (que podrían ser entre sí padres e hijos) intentando identificar regularidades y rupturas en sus modos constitutivos/comunicacionales, en esta ponencia sólo presentaremos una sistematización de las representaciones que los jóvenes platenses poseen relativos a sus modos de vivir en su ciudad, y a la percepción del tiempo y la construcción de ciudadanía, que en este caso, podría ser pensada como modos no tradicionales de participación a través del trabajo, del consumo y de la mediación de las nuevas tecnologías.

Al hablar de jóvenes, nos estamos refiriendo a “una población (...) en movimiento desde una pubertad ya consumada hacia una adultez definida por los atributos más frecuentes estadísticamente hablando, entre los que sobresalen el trabajo y la pareja estable, la autonomía material, la casa y finalmente los hijos” (Urresti, 2005). Esta experiencia de transición que se da en la interrelación de la *moratoria vital* y la *moratoria social*, se encuentra tamizada por el momento histórico en que estos sujetos viven, así como por su condición social.

La mirada: nostalgia y desazón

Comenzaremos por dar cuenta de ciertas apreciaciones generales compartidas en la mirada que los jóvenes platenses entrevistados poseen del mundo y la ciudad en que viven. Podemos decir que, en primer lugar, en el análisis de las entrevistas aparece fuertemente una lectura nostálgica del pasado, que adquiere correlato con una mirada negativa sobre la actualidad que se resume en la frase “todo está mal”, en la cual los cambios drásticos ocurridos en los últimos años, vinculados especialmente a la globalización, el avance del capitalismo y del neoliberalismo, y al desarrollo de las nuevas tecnologías, son mayormente percibidos como cambios “para peor”.

Esto resulta llamativo considerando que muchos de los entrevistados han crecido en la transición hacia este “nuevo mundo” e incorporado a su vida cotidiana rápidamente algunos de los factores que se describen como influencias negativas en el contexto actual.

Para estos jóvenes, la lógica del consumo no se expresa solamente en cierta “necesidad” compartida de deseo y/o compra de ciertos productos y servicios, sino que esta lógica impregna los lazos sociales y afectivos: como afirma un entrevistado “Pero, el tema es que

parece ser que, en determinado momento, se entra en una lógica de renovar, renovar, renovar, renovar, por una cuestión de la lógica consumista. Que en algún punto, me parece, ni siquiera sería tan grave si tocaría pura y exclusivamente lo material. Pero, me parece, que eso se está trasladando también a los vínculos sociales, a las relaciones con los otros, a las relaciones afectivas. Como que tener una pareja de más de 5 años es como que la tenés que cambiar, digamos. Empezás a estar mal por una cuestión de ¿viste? una idea de renovación continua que se nos filtra” (2).

Este individualismo se expresa también en el tipo de soluciones que se requieren para que la sociedad cambie hacia un futuro mejor. En un escenario en el que predomina una lectura nostálgica de un pasado mejor, aparece fuertemente el deseo de que la sociedad argentina pueda estar mejor, y se deposita en los funcionarios públicos la responsabilidad de que esas mejoras sean posibles.

Hablando especialmente de La Plata, podemos remarcar que el pesimismo o la desazón se realzan, porque es considerada una ciudad en la cual no se valoran o aprovechan una serie de recursos relativos al hecho de ser una ciudad planificada destinada a ser la capital de la provincia de Buenos Aires –atributos como ser una ciudad universitaria, habitada por gran cantidad de jóvenes, con fuerte presencia del Estado mediante organismos públicos, con un origen ligado a la planificación con relación al tejido urbano, vinculada a las ideas de “progresismo” e intelectualidad– que debiera permitir a sus habitantes tener una mejor calidad de vida que otras ciudades.

Es importante aclarar que al referirse a la ciudad de La Plata, mayormente, se hace alusión al casco urbano (más adelante se plantearán las diferencias en las percepciones de barrio y ciudad). Se describe a la ciudad como “estresada”, “apurada”, con relación a ciertas características propias de una urbe. Características que empeoran la calidad de vida, vinculadas también a cuestiones ambientales (smog, contaminación auditiva, visual, crecimiento vertical de la ciudad sin planificación ni control estatal, tránsito).

Se percibe además cierta influencia de una realidad nacional que excluye, en la que esta capital provincial recibe a quienes migran desde el interior del país y de países vecinos, en busca de nuevas oportunidades. El proceso migratorio reconfigura a la ciudad, desdibujando viejas fronteras y consolidando nuevas, espacios en los cuales los excluidos se instalan, con malas condiciones de vida.

En este marco, los jóvenes consideran que existen dos ciudades, que por momentos se funden en una; y por otros, exacerban sus diferencias: por una parte, el centro del casco urbano representa un modelo de ciudad positivista, ligada a la idea de progreso, con fuerte hincapié en la Universidad y en las distintas esferas del Estado y de lo público; mientras que por otra parte, nos encontramos con una circunvalación que actúa como frontera simbólica y material de una ciudad que crece desordenadamente al margen de la primera, marcando un límite que no sólo da cuenta del fin del casco urbano, sino también del cambio hacia una menor calidad de vida: “Yo creo que hay dos La Plata, una es La Plata de la clase media y los estudiantes

universitarios que son un sector progre dentro de La Plata que tiene un recorrido que no es el mismo que el Gran La Plata, Barrio Aeropuerto, Barrio San Carlos, ves mucha marginación y las consecuencias de las políticas clientelares”.

Frente a esta descripción, hay una posición marcadamente crítica que busca equiparar las características de la ciudad, igualar las oportunidades de la ciudadanía. Hay un análisis bastante crítico de las diferencias entre el centro y la periferia (entendida como los barrios), y a su vez entre distintos sectores de la periferia. En esta línea, la idea de planificación que pareciera ser una de las características propias de esta ciudad, se desdibuja, y el crecimiento urbano y las políticas públicas en torno a este crecimiento parecen librados al azar.

Percibiendo la ciudad, entre el barrio y el centro

Además, aún dentro del mismo casco urbano, esta referencia fuerte a las vinculaciones entre centro y periferia se sostienen en otra comparación que es la de barrio - ciudad (3). El *barrio* es definido como un lugar cercano de pertenencia, en muchos de los casos asociado a ciertos modos de vivir que la misma *ciudad* (de la que esos barrios forman parte) pareciera no permitir. Sin embargo, incluso para quienes dan cuenta de fuerte pertenencia al barrio (que generalmente son quienes han vivido en un mismo barrio por un tiempo prolongado y han crecido en ese lugar) aparece cierta idea de cambios en el barrio desde hace un tiempo hasta ahora (4). Estos se vinculan especialmente al tipo de prácticas que estos lugares permiten (jugar en la calle, usarla como lugar de encuentro con amigos, familiares o vecinos, etc.), que si bien siguen existiendo actualmente, no tienen la vigencia de unos años atrás. Para muchos de los entrevistados, esto se relaciona a la inseguridad y el desarrollo de las nuevas tecnologías que modificaron las prácticas que se realizaban antaño en la calle, la vereda, la plaza, el baldío y otros lugares compartidos.

La perspectiva de que el barrio adquiriera cada vez más las características del centro de la ciudad es vista con cierta reticencia, ya que se considera que la integración con el centro, no mejorará –como podría esperarse– las condiciones de vida de los habitantes del lugar, sino que actuará en detrimento de sus particularidades. Persiste cierta visión idílica del barrio en el que se valoran principalmente dos aspectos: el barrio como lugar diferente del centro, que conserva ciertas características que hacen a la tranquilidad, el conocimiento del otro: “En este barrio yo salgo y en la esquina me saludo con el señor de la peluquería, el de la panadería, ... tiene esta cosa de barrio, este barrio; la gente se conoce, se saluda, se trata, la gente es amable y accesible, por lo menos este barrio parece que mantiene un poquito eso”.

Y en ese mismo contexto, la creencia de que este tipo de lugares posibilita un mayor grado de participación en el espacio público: “Pero lo que está bueno es que en los barrios se sigue sosteniendo la cuestión colectiva, aunque sea en esta cuestión de resistencia. Hay como una cosa de subsistencia, que creo que la tiene más clara la gente de los barrios que la gente que hace políticas públicas en el barrio”.

Retraimiento a la esfera privada

Podríamos decir que en general el término espacio público es hoy una expresión común utilizada por el común de los ciudadanos que identifican así el espacio al cual se puede acceder sin restricción alguna y donde es posible la expresión de sus derechos y de sus obligaciones en el escenario de sus vidas cotidianas; contrastando en muchos casos lo público (asociado al rol del Estado) con lo privado (asociado fundamentalmente a la propiedad privada y específicamente a la vivienda particular).

Uno de los aspectos que resulta llamativo a partir del análisis de las entrevistas es el marcado retraimiento que expresan los jóvenes a la esfera privada, al hogar. Se piensa al hogar como espacio privado por excelencia, en oposición a cierta idea de lo público, como espacio compartido por todos.

Podemos relacionar este retraimiento al hogar con diferentes factores: por una parte, las características de la sociedad actual (estresada, apurada, individualista, etc.) confieren al hogar de una connotación de resguardo, de cierta tranquilidad y de lugar en el cual los jóvenes pueden manejar los propios tiempos. Sumado a esto, la sensación de inseguridad y el miedo se encuentran presentes en las representaciones de los jóvenes que remarcan la necesidad de tomar ciertas precauciones al transitar por la ciudad y vincularse con otros, y se refugian en el ámbito privado, entendido como más seguro. La problemática de la inseguridad es una referencia permanente entre los jóvenes. Asimismo, frente a esta problemática se plantea una transformación en el modo de transitar el barrio: “Cuando yo tenía 5 ó 6 años vivía de otra manera. Podía salir a la calle a andar en bicicleta, y ahora no puedo ni ir a dos cuadras que hay un kiosco con la bicicleta porque me roban o me matan por la bicicleta”.

Ligado a esto, el consecuente retraimiento al hogar, espacio naturalmente privado, en el que a priori no debería suceder nada, en oposición a lo público, que es apropiado por un otro violento, marginal: “Lo que veo es lo que todos los días se ve. Una inseguridad que no es sólo el robo, sino la pérdida de vidas, los asesinatos y la gente cada vez más descontrolada. El ciudadano que cada vez se va encerrando más en sus casas y los sectores de violencia que van tomando la calle”.

Contrariamente a lo que suele creerse, para muchos de estos jóvenes, más que un ámbito de libertad e intercambio, la calle se constituye como el lugar de lo ilícito: “Me gustaría que no haya tantos chicos en la calle, ni pidiendo ni drogándose, ni nada”. “Por ahora nunca me robaron, pero uno anda más perseguido por la calle caminando”. Y en consecuencia, la inseguridad es uno de los factores que los limitan en sus modos de apropiarse y transitar la ciudad.

Por otra parte, en muchos de los casos, el retraimiento a la vida privada se corresponde con diferentes preocupaciones o intereses, que más que con la edad biológica, tienen que ver con lo que podríamos denominar como *cuestiones relativas al momento de la vida*. Podríamos decir que la finalización de la carrera de grado, la búsqueda de empleo, el regreso o no a los pueblos de origen para quienes se encuentran estudiando en La Plata en este momento, el deseo de

independizarse de la familia paterna o de constituir la propia familia, son las principales referencias biográficas que configuran estas representaciones. En este sentido, es fundamentalmente el deseo de consolidar una relación de pareja o de construcción de la propia familia –que se evidencian especialmente en quienes se acercan más a los 30, o en quienes dedican muchas horas al trabajo y/o al estudio– el principal factor que lleva a los jóvenes a querer pasar más tiempo en su hogar.

El acceso y la masificación de nuevas tecnologías resulta un factor sumamente significativo en este punto, ya que las nuevas tecnologías permiten que se generen situaciones de encuentro sin necesidad de salir de sus propias casas. Las formas de vinculación de los jóvenes entre sí, e incluso con otros grupos que no necesariamente sean de pares, mediados por las tecnologías, han transformado notablemente los modos de vinculación posibilitando que se generen relaciones interpersonales a través del uso de teléfonos celulares, el chat, las redes sociales, las comunidades virtuales o los juegos en red, por nombrar sólo algunos de los medios posibles.

Pero al mismo tiempo, la vida privada es cada vez más pública, en el sentido de que ciertos tipos de vínculos virtuales permiten compartir, comunicar, exponerse, dar a conocer permanentemente a los pares ciertas informaciones que antes quedaban relegadas a unos pocos que conformaban un círculo de íntimos.

Más allá de la política, algunas pistas de la participación

Con respecto a lo político, podemos decir que los jóvenes platenses entienden a la política en sentido político-partidario, ligada a los partidos, la división de poderes, los momentos electorales, y al ejercicio de la profesión política. Tal vez por eso, en sus discursos se percibe que delegan ciertas responsabilidades relativas a la generación, mantenimiento y desarrollo de espacio público a la clase política, entendiendo que el común de los sujetos, los vecinos, no son responsables de generar sino de utilizar el espacio público.

Existe una sensación de lejanía con “lo político”: se lo describe como una dimensión que no es propia del común de los ciudadanos y como un ejercicio que no tiene mayores repercusiones con relación al desarrollo de lo público: “Veo como que es todo... como que no conozco a nadie, no conozco a ningún político, no veo a ningún político, capaz que porque yo no estoy metida en la política, pero... me parece que nadie habla, que nadie explica, que nadie hace nada. Como que todo está igual, ni mal ni bien, sigue igual. Pero me parece que no dan respuesta a lo que pide la gente. Acá no veo nada de eso”.

En líneas generales, se construye discursivamente a lo público relacionado con el rol del Estado y del gobierno, y a la ejecución de políticas públicas. Pero a su vez, existe una desconfianza generalizada en los políticos y en la inserción que la política pueda tener en los barrios. Podríamos decir que se diagnostica negativamente la situación, y se asigna la entera responsabilidad de cambiar esta situación a un sector sobre el cual no se deposita ningún tipo de expectativas positivas (descrito, en muchos casos, como corrupto y falto de compromiso):

“¿Qué más veo acá en La Plata? Veo que quiero pasar por plaza San Martín, que es la plaza que queda frente a la casa de gobierno y no puedo pasar por el medio porque me roban o algo me va a pasar. Que tendría que ser la plaza más segura porque están, al menos, los gobernantes”.

Resulta llamativo que en este marco, la participación ciudadana tampoco se presenta con fuerza como una salida alternativa, aunque surgen ciertas voces que proponen una mirada más esperanzada y que presentan una crítica a la actitud “descomprometida” de la sociedad en relación con el mejoramiento de lo público: “Y si los argentinos seguimos teniendo esta mentalidad individualista, la verdad, el panorama no es muy bueno que digamos, ya que así se han perdido los lazos sociales, el trabajo comunitario, la comunicación entre nosotros y nuestros gobernantes, lo cual conlleva a un estado caótico de nuestras vidas”.

Otros pocos, ven más concretamente la posibilidad de construir espacio público ligada a lo colectivo, y disputando con el individualismo preponderante: “Como que para mí se va ir enfatizando lo individualista, pero también, como que empiezan a aparecer organizaciones barriales, cosas que se van armando como en el contrapunto de lo que se está intensificando por otro lado”.

Estas ideas relativas a otros tipos de participación se encuentran ligadas a una noción más micro, en la organización barrial o de una comunidad pequeña. Es en esos casos de menor escala donde se visualizan posibilidades de generación de espacios y participación en los que el ciudadano “común” puede generar cambios.

También, en algunos casos, frente a la crítica de una ausencia de lo público, la salida es percibida como individual: “Yo creo que desde mi lugar puedo cambiar pequeñas cosas, y que si cada uno puede cambiar pequeñas cosas desde su particularidad, se pueden cambiar grandes cosas a lo largo”.

En este marco, retomando la pregunta por la construcción de ciudadanía, podemos identificar tres factores que, aún cuando no son identificados por los mismos jóvenes como tales, dan cuenta de formas no tradicionales de participación en el espacio público y de modos de construcción de ciudadanía: el trabajo, el consumo y su vinculación con las nuevas tecnologías. La forma de participación en ciertos espacios tiene que ver fundamentalmente con el trabajo. En muchos casos, el espacio público se transita (no se vive, no se construye) como nexo entre diferentes espacios privados, fundamentalmente en los casos en que sólo se sale de la casa para trabajar.

Mientras que las relaciones con amigos o familiares quedan reservadas para el ámbito de lo privado, el ámbito del trabajo es considerado como una instancia de aporte a un grupo social más amplio.

Por su parte, para los jóvenes platenses el consumo es –en muchos casos– un argumento para la participación, para la construcción de espacio público que se da en dos líneas principales: por un lado, ligado al desempeño de actividades culturales: “No sé si es que ciertas movidas se están dando más o si será que yo estoy más en contacto, pero hay muchas de estas movidas

que se van dando en los barrios o en zonas más periféricas del centro, que me parece que construyen...”; por otro, ligado a ciertas características propias de la vida joven, como la construcción de una cultura de la noche. En este caso, se ve cómo se ordena el espacio público a partir del encuentro con amigos, pares, y relacionado con momentos de ocio, esparcimiento o recreación, que también se expresa en el reclamo de más, mejores y variados lugares de esparcimiento, cuando se pregunta a los jóvenes cambios deseados para la ciudad. Finalmente, un aspecto destacado sobre las nuevas tecnologías es su incidencia con relación al retraimiento a la esfera de lo privado, que podría permitirnos pensar en la configuración de un nuevo espacio público, un espacio público virtual.

Si ahora las relaciones personales quedan reservadas para el espacio privado, por falta de tiempo, por temor frente a la creciente sensación de inseguridad, también aparecen mediadas por la tecnología a partir del uso del chat, comunidades virtuales, redes sociales, juegos en red, mensajes de texto. Podríamos decir que aquello que años atrás requería ineludiblemente del encuentro cara a cara, es ahora posible de ser construido mediante vinculación tecnológica: “Antes solía ver más seguido a las personas, ahora con el tema de los celulares o mensajes, ya se cortó el vínculo cara a cara, o al menos, disminuyó considerablemente ya que ahora la comunicación está pero vía tecnológica”.

Los entrevistados definen nuevas formas de construir sus vínculos con relación a su edad y a los usos tecnológicos: “En mi vida influyó bastante. Yo estoy bastante conectado a la tecnología todo el día. Ya sea con el celular, con los juegos, con el MSN...”.

Más allá de la asignación de los jóvenes a la casa como espacio privado, frente a la ciudad como espacio público, podríamos pensar que el uso de estas tecnologías permite trascender el propio hogar (no sólo en términos de relaciones personales sino también laborales), sin necesidad de salir de él. ¿Podría entonces significar esto que existen también formas posibles de participación en el espacio público, sin salir del hogar? O lo que es más, ¿podríamos pensar en una nueva configuración de lo público, que de la mano de las nuevas tecnologías permita reconocer los espacios virtuales como nuevos modos de construcción colectiva?

Recuperando la pregunta por el ser ciudadano, podemos decir que la ciudadanía se expresa fundamentalmente en los reclamos que los jóvenes hacen respecto a una serie de situaciones con las cuales están disconformes, muchas de ellas asociadas a las características de una sociedad marcada por la impronta del neoliberalismo, en la que se reconoce las desigualdades e injusticias sociales.

Es evidente que poseen cierta preocupación por el futuro, pero esta preocupación también da cuenta de un sesgo individualista y positivista (en relación con que una formación académica, sumada al esfuerzo, es el camino a la prosperidad). El futuro se construye estudiando, capacitándose, formándose, no a través de la participación y construcción colectiva en términos tradicionales.

Si bien los jóvenes expresan el deseo de que la actitud de la sociedad en tanto compromiso social, solidaridad, tener en cuenta al otro, cambie; al momento de pensar quiénes son los

responsables y encargados de resolver esa situación, no parecen verlo como una responsabilidad compartida, o al menos como un espacio de construcción posible, sino como una situación ambivalente en la que se asume que la construcción de un futuro personal promisorio depende principalmente de un esfuerzo personal, pero la construcción de un futuro colectivo queda delegada en la responsabilidad de terceros (Estado, sociedad, etc.): “Las cosas que no dependen de mí, y... tiene que venir del lado del país y más específicamente de la gente que lo maneja. Si esto no avanza, el país se queda y nos quedamos todos”.

En este sentido, creemos interesante seguir pensando sobre estas categorías que emergieron de nuestro trabajo de campo, recuperando la pregunta sobre cómo interjuegan las transformaciones políticas con los cambios en los sentidos de los sujetos, considerando que los sujetos son constituidos por los cambios políticos, al tiempo que construyen simultáneamente las condiciones de la realidad social y política en la que se desenvuelven (Lechner, 1995).

Notas

(1) En esta investigación de carácter exploratorio, el trabajo de campo consistió en la realización de 48 entrevistas a habitantes del casco urbano con al menos tres años de antigüedad viviendo en la ciudad de La Plata, que se dividieron en dos grupos etarios: 18-30 y 45-60. Finalmente, el análisis fue realizado con el *Método de comparación constante* de Glaser y Strauss que permite conocer *lo que la gente dice* para producir teoría en relación con ello y, posteriormente, hacer una interpretación fundada en los datos.

(2) Todas las citas que se recuperan en este documento fueron extraídas de las entrevistas realizadas en el trabajo de campo.

(3) Hace referencia el centro comercial y político administrativo de la ciudad.

(4) Dos son las principales referencias temporales que prevalecen al respecto: “desde hace diez años”, y “desde el 2001”.

Bibliografía

ALFARO, Rosa María, “Politizar la ciudad desde comunicaciones ciudadanas”, *Diálogos de la Comunicación* N° 65, Lima, FELAFACS, 2002, pp. 35-54.

ARROYO, Mariela, *Concepciones del espacio público y sentido común en la educación superior*, Tesis de Maestría, FLACSO, mimeo.

BORJA, Jordi, “Ciudadanía y espacio público”, *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, N° 12, Caracas, 1998.

BRUGNOLI, José Antonio Román, *Material de trabajo del taller de Investigación Cualitativa*, Escuela de psicología, Universidad Alberto Hurtado, S/D.

LECHNER, Norberto, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1995.

MARTÍN-BARBERO, Jesús, “Transformaciones comunicativas y tecnológicas de lo público”, *Metapolítica*, N° 17, enero-marzo 2001, México, pp. 46-55.

ORTEGA, E. et al., *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago de Chile, PNUD, 2002.

URRESTI, Marcelo, "Separaciones, islas y fronteras", *Revista Todavía* N° 10, abril de 2005.

MARÍA DE LA PAZ ECHEVERRÍA

Licenciada en Comunicación Social egresada de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Docente e Investigadora de la Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Quilmes. Maestrando en Ciencias Sociales (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP). Becaria de Iniciación a la Investigación (2007-2008), Perfeccionamiento en la Investigación (2009-2010) ambas otorgadas por la UNLP.

TOMÁS VIVIANI

Docente e investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, investigador de la UNQui y becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires. En diferentes proyectos, ha estudiado las identidades juveniles en torno a su relación con el espacio público, sus usos de las nuevas tecnologías, y las identificaciones a partir de la experiencia musical.